Instrucciones para comerse un mango

1. En primer lugar, selecciónelo. No, no, reflexione primero con madurez: usted debe sentirse feliz y realmente a gusto con la idea de despacharse un sabroso mango. Si es así, entonces ya puede comprarlo; si alguien se lo ofrece regalado, oponga sus más severas dudas y deséchelo. De todos modos cuídese de no pagarlo muy caro, lo mejor es regatear sin que se note. Atención: no los compre por montón, y menos aun vaya a comprar un kilo, válgame Dios: el empacho lo llevaría a la tumba.
2. No pregunte de qué clase es el mango, le recuerdo que el propósito es comérselo, pasar un buen rato y ya. Sin embargo, cerciórese -esto es esencial- que el tamaño y el color correspondan fielmente a su más íntima necesidad. escoja uno medianito de preferencia: pálpelo, debe tener cierta dureza que se oponga al tacto cauteloso e inquieto de sus manos. Si acaso en alguna parte se siente un poco o definitivamente aguado, déjelo, arrójelo, no va usted a perder tiempo en comerse lo que otros han magullado. *(Si decide lo contrario, olvídense de mis instrucciones y tráguese lo que se le pegue la gana).*
3. Ahora que el mango es suyo, lávelo perfecta y minuciosamente hasta recobrar el aroma natural de la fruta: esa fragancia tierna y cálida de los buenos mangos, de los mangos tropicales y exquisitos que despiertan, que deben despertarle, el hambre animal que nos arrojó del Paraíso; si no le despiertan nada, abandone el proyecto: los insensibles son detestables. En cambio, si usted se considera dentro del plano contrario, muy bien, sigamos adelante. La limpieza en esta clase de frutas no sólo es recomendable por las razones antes expuestas, sino para librarse de gravísimas enfermedades que sólo el descubrimiento de Fleming puede curar.
4. Un detalle importantísimo es comérselo a solas. Absolutamente solos usted y el mango, encerrados. En un lugar público corre el peligro de que se lo arrebatan, hecho que lo pondría en ridículo pues lo dejarían babeando, lo cual no le gusta a nadie.
5. Seguidos los pasos anteriores, proceda a pelarlo cuidadosamente, encuérela con deliberada sensualidad: de la parte superior desgárrele un tirantito para observar esa verdadera piel húmeda y lechosa; enseguida, en la misma parte superior, clávele las uñas de los dedos pulgares, ayudados por los índices, y despójelo de la cáscara con lentitud. No se apresure ni se excite demasiado, no vaya a ocurrir que se le vengán todas las ganas de pronto y se le escurran en la pura miel de la fruta, lo que lo dejaría sumamente insatisfecho *(En caso de que no tenga la uña grande, deje el mango y espere a que le crezca).*
6. Usted tiene la mitad de los encantos de la fruta a la vista. Muy bien. Ahora déle una profunda y enloquecedora chupada. Sea cuidadoso en esto, he dicho: **profunda y enloquecedora chupada**, no una simple lamidita. Es necesario que sea una chupada ruidosa, agresiva, avasalladora. Si usted da las chupadas silenciosas, absténgase de hacerlo. El propósito es mostrarle al mango quién

- manda y comprobar su calidad interior. Si el resultado lo satisface, termine de pelarlo.
7. Ya con el mango al desnudo, es aconsejable ponerlo en posición horizontal, de tal manera que usted pueda devorar y succionar lo más apetitoso de la fruta sin grandes dificultades. Por otro lado, olvídense de la cáscara, entre más lejos mejor.
 8. Llegados a este punto fundamental: concéntrese en el objetivo, recuerde que lo impulsa un placer puramente hedonista, así que ensalive el mango como se debe, no sea tacaño ni tampoco cochino; quiero decir que usted tiene que equilibrar y juntar de una manera generosa y unificadora su saliva con los sudores naturales que se derraman entre los pliegues de la fruta. Antes de chupar, morder y deglutir enteramente, observe amoroso y regocijado ese postre que está a su disposición: huélalo, aspírelo, llénese los ojos y las manos con él, y cuando ya no pueda resistir más: pénétrelo con suavidad clavándole lo mejor de usted, los dientes, todo. Esta primera embestida es para preparar la siguiente, que deberá ser furiosa, destructora... se trata de desgajar la pulpa, acabarla, partirla en dos, friccionarla y morderla con un gusto huracanado, gozando el excelso sabor de ese mango maduro y perfecto.
 9. Note usted que su habilidad en este paso es de gran importancia. Si desafortunadamente la fruta resbala de sus dedos y lo deja con esa lengua al aire y escurriendo, será, por supuesto, una evidente tragedia y no tendrá caso continuar. Por lo tanto cuide este detalle de la siguiente manera: aprisione el talle del mango, hágalo con firmeza pero también con flexibilidad. Le repito que lo principal es comérselo, así que prosiga con las idas y venidas fundiendo el néctar con sus propios jugos.
 10. Si usted pone una mirada de placer infantil, de buey moribundo y jadea al sumirse en la fruta, está muy bien, son detalles de adorno que realzan el simple acto. De cualquier modo, si usted llega a exclamar: ¡Madre mía, qué mango!, no se preocupe, está permitido. Finalmente, procure agotarse dándole violentas dentelladas, éstas lo dejarán consumido, exhausto, pero honestamente contento.
 11. Muy bien, usted ha hecho su papel a la perfección, ha terminado con el mango, lo ha devastado, se ha chupado, como quien dice, hasta el hueso. A estas alturas es probable que tenga algunas partes de su cuerpo embarradas, un poco sudorosas seguramente. Es comprensible. Lo mejor, para terminar, es darse un baño completo, vestirse, fumar un cigarro y salir del hotel -todavía n penumbras—con toda tranquilidad hacia la aurora y rindiéndole un tributo al aroma que queda en su boca.

Marco Aurelio Chávez